

Un misterioso Plato de Miel



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 21877 . Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

Un misterioso Plato de Miel

Fernando Olavarría Gabler

¡, mis pequeños lectores, un plato de miel fue el causante de esta corta historia. El reloj de la escalera anunció las once de la mañana. Era un día brillante, de esos cuyo hermoso colorido se manifiesta en todos los objetos, aún en los más opacos. El aire era puro y daba gusto respirarlo a grandes bocanadas. Las plantas del jardín, cubiertas de flores de todos colores embriagaban al que pasaba junto a ellas. Y los insectos alados, zumbando en un continuo desorden, se hacían oír hasta en el interior de la casa de los padres de Federico. Las ventanas abiertas dejaban entrar los dorados rayos del Sol, el perfume de las flores y el zumar de los insectos.

El niño estaba estudiando matemáticas y... Bueno, cómo vamos a comparar las matemáticas con el encanto del jardín.

Los naranjos en flor, los jazmines, las petunias, las portulacáceas y las aristocráticas rosas, atraían al niño que miraba frecuentemente hacia la ventana sin poder concentrarse en los

cálculos de fracciones en que estaba empeñado. Duende, su perro, también lo acompañaba, pero como él "sabía la lección", había optado por quedarse dormido debajo de la mesa, a los pies del niño. Federico lo observaba cómo resoplaba al respirar. Empezó a soñar y entonces se puso a gemir, a gruñir y a mostrar los dientes. Movía las patas como si tuviera calambres y a ratos tiritaba. "¡Pobrecito! Seguramente está soñando que se encuentra en una pelea", se dijo Federico.

Duende continuaba gruñendo; de repente despertó sobresaltado y después de mirar con asombro a su alrededor, se dio cuenta de que sus enemigos habían desaparecido. Comenzó a rascarse y ante la reprimenda del niño por este acto de mala educación, optó por continuar durmiendo; pero la pulga que vivía entre su pelaje, asustada por tanta rascadura, decidió dar un salto y caer en la alfombra, y de ahí, entre caminatas y saltos llegó a un calcetín de Federico, subió por la pierna hasta el muslo y empezó nuevamente a alimentarse. Federico

sintió la picada y se puso a rascar. Estaba bastante molesto por esta circunstancia ya que era un factor más de distracción y muy desagradable.

Un rayo de sol llegaba hasta la mesa donde estudiaba, y cuatro moscas, muy veloces y ágiles, comenzaron a calentarse en esa zona. Volaban tan rápido que el niño no las podía seguir con la vista; hacían círculos y volvían a posarse tan súbitamente como se habían ido. Sus alas eran transparentes y con la luz daban destellos tornasoles. Duende ahora roncaba.

Súbitamente entró zumbando por la ventana, un moscón de abdomen azul verdoso que empezó a dar círculos y luego se dirigió a los vidrios de otra ventana donde se estrelló estrepitosamente.

"Que fuertes deben ser los cabezazos que se dan estos moscones contra los vidrios", pensó Federico; el bicho se había repuesto del choque y continuaba volando, ahora alrededor del perro.

Duende había despertado y principió a dar tarascones al aire, pero el moscón, divisando la luz de la ventana abierta se dirigió hacia ella y desapareció.

La pulga que tenía Federico, decidió picar un poco más arriba, en el vientre, y el niño -ya desesperado- decidió ir a la sala de baño a buscar el desagradable insecto y matarlo. Mas, a pesar de buscarlo con minuciosidad entre los vestidos, no lo pudo encontrar. Volvió entonces disgustado a sus estudios por el fracaso de la búsqueda y al sentarse frente al libro observó que alguien había dejado en la mesa un plato de miel de abejas. Habrá sido mi mamá, pensó Federico, e introduciendo el dedo en la miel, lo sacó y se lo puso a chupar. ¡Era una miel de abejas exquisita! Parecía recién salida de la colmena. Continuó estudiando y a cada instante metía el dedo en el plato y chupaba la rica miel.

Los números estaban cada vez más difíciles y Federico tenía

deseos de dormir. De improviso, sintió una corriente extraña en todo el cuerpo y los muebles de la habitación comenzaron a temblar alrededor de él. Las patas de las sillas, la mesa, los cuadros y la biblioteca se agrandaron vertiginosamente y un torrente de luz, de la ahora monumental ventana, lo cegó. Federico se cubrió el rostro con ambas manos y empezó a gritar pidiendo auxilio. Hubo un silencio y al abrir los ojos comprobó que lo rodeaba una gran oscuridad. El aire que respiraba estaba tibio. El niño sobrecogido de espanto, no atinó sino a sentarse y al hacerlo, constató que estaba sobre algo parecido a una alfombra; ésta estaba tejida con gruesos cables duros y resbalosos. También se dio cuenta de que estaba desnudo y no pudo encontrar explicación para todos estos extraños acontecimientos.

De súbito sintió un gran ardor en la espalda. Pensó que la pulga nuevamente estaba picándolo y comenzó a rascarse con gran dificultad porque tenía que doblar el brazo y hacerlo con el dorso de

los dedos; entonces notó dos tumorcitos que iban creciendo rápidamente en el lugar donde sentía la picazón. ¡Aja! Otra novedad más, se dijo el niño, al palpar estas prominencias. Se parecían a dos hojas de repollo o lechuga que se expandían, y grande fue su sorpresa cuando notó que de la espalda brotaba una luz blanca que iba en aumento e iluminaba todo a su alrededor; entonces pudo observar que se encontraba en una gran caverna blanca cuyas paredes eran de esta misma alfombra de gruesos cordones que había tocado al sentarse. Había grandes relieves y grietas y en los extremos divisó dos altísimos boquerones que eran la continuación del túnel donde se encontraba. La luz era bastante intensa e iluminaba todo el ambiente. Federico se palpó nuevamente la espalda y ¡qué sorpresa! Las "hojitas de repollo" se habían transformado en dos alas transparentes (como las de un insecto) y eran éstas las que con su luz blanca iluminaban la caverna. Federico no creía lo que tocaba y después de palparlas varias veces

pensó si podría moverlas. Hizo un intento contrayendo ligeramente los músculos de la espalda y en cuanto hubo hecho esto, las alas comenzaron a agitarse rápidamente produciendo una gran corriente de aire y el niño se sintió izado hacia el techo de la tibia caverna. ¡Fantástico!, gritó, y posándose nuevamente en el suelo se puso a descansar porque la emoción había sido muy intensa y el corazón le golpeaba el pecho.

Así estaba, cuando oyó que alguien venía hacia él. Se escuchaban unos extraños pasos, como si dos caballos estuvieran caminando muy lentamente. Federico miró hacia la oscuridad y tuvo miedo. Decidió entonces esconderse detrás de uno de los relieves del suelo y observar desde allí. El extraño ser estaba cada vez más cerca y ya se vislumbraba su imagen. Parecía un automóvil o un inmenso cerdo, o un huevo, pero era brillante y de color marrón oscuro. Tenía seis patas y avanzaba con movimientos bruscos y poco elegantes. De



su cabeza pequeña salía una gran trompa, y su vientre inmenso estaba acorazado con planchas verticales. Pasó frente a Federico y éste pudo constatar que se trataba de una enorme pulga, tan grande como un caballo. ¡Diablos! A qué mundo he llegado, se dijo. Utilizaré mis nuevas alas para salir pronto de aquí. La pulga dio un salto y desapareció en la oscuridad.

Decidió emprender el vuelo. El aire tibio era casi irrespirable y haciendo batir sus alitas decidió recorrer el túnel. Después de unos cuantos ensayos pudo deslizarse por el aire sin dificultad y con la velocidad que él deseaba. Así llegó a una encrucijada y al final de ésta divisó la luz del día. Voló hacia la luz y pudo salir. Miró a su alrededor y vio que se encontraba encima de una serie de colinas blancas y grises que estaban sobre una inmensa plataforma. Más abajo había una interminable pradera brillante y un cerro cubierto con un tupido bosque de troncos de color café y sin ramas. A Federico se le

ocurrió bajar volando hacia la pradera reluciente, pero antes, pensó en remontarse por los aires para hacer un ensayo. Subió muy alto y allá abajo quedaron las colinas blancas y grises, en cuyo interior estaba la caverna donde había visto a la inmensa pulga. Esas colinas le eran familiares en su aspecto y mirándolas con detención se dio cuenta de que tenían exactamente la forma de su camisa y sus pantalones vacíos. Éstos estaban sobre una silla de proporciones que él nunca había visto. Decidió volar hacia el cerro cubierto por el bosque, y cuando iba a gran velocidad por los aires y ya cerca de él, tuvo una idea que le aclaró el significado de todas estas extrañas imágenes. La miel que había comido lo había transformado en un minúsculo niño con las alas transparentes y al ir reduciéndose de tamaño había quedado encerrado en el interior de su propio vestido, y ahora, después de salir por un pliegue del pantalón, se dirigía hacia la pradera brillante que no era otra cosa que el piso. ¿Y ese cerro, a qué correspondería? Cuando iba

llegando a él se le ocurrió que la selva con extraños tallos sin ramas ni hojas podría ser -¿por qué no? - el pelaje de su perro Duende, ahora tan grande, que lo había confundido con una montaña. Pero era demasiado tarde para retroceder y el niño se sujetó de uno de los troncos y se deslizó hacia el suelo. Éste era un tronco grueso, liso y café brillante. Era un pelo... Se abrió paso con dificultad hacia abajo hasta que logró ponerse de pie en un pequeño lugar entre los troncos. La luz del día poco alumbraba hasta allí, mas, sus alitas luminosas desvanecían la oscuridad. El suelo estaba cubierto de grandes guijarros escamosos y Federico comprobó que era tibio. Tuvo la impresión que el terreno se movía pausadamente siguiendo largas oscilaciones pero no pudo comprobarlo. De improviso oyó nuevamente ese extraño ruido de pisadas y un crujir de ramas como si algún animal se abriera paso por entre la foresta. Cesaba algunos instantes y después empezaba otra vez.

Sorpresivamente se separaron los troncos frente a él y apareció otra gigantesca pulga; ésta lo miró con sus ojos esféricos y comenzó a mover su trompa que crujía horriblemente. La pulga no lo atacó, sino que, hincando la trompa en el suelo la enterró lentamente y con gran energía. La tierra se rasgó y se puso blanquizca. La pulga hacía pequeños movimientos acomodándose a la nueva posición. Levantó el grueso vientre y éste comenzó a hincharse, como si fuera un enorme globo de gruesas paredes. Desde el interior se oía un ruido sordo como si se estuviera llenando con un líquido espeso o arena. El niño inmóvil veía estupefacto todo este fenómeno. El suelo azul grisáceo comenzó a calentarse cada vez más y entonces vino un terrible terremoto. ¡Era espantoso! La tierra se desplazaba hacia todas direcciones y los árboles se inclinaban y algunos se torcían, la pulga había sacado velozmente su trompa del suelo y había desaparecido entre los tallos. Poco a poco cesó de temblar y Federico, aterrorizado



ante estos acontecimientos, trepó por uno de los tallos para así huir volando. Cuando estuvo en lo alto observó que la montaña se desplazaba y se dirigía hacia unas enormes alturas verdes de rara constitución; estaban formadas por grandes plataformas ovaladas y brillantes que tenían en su superficie numerosas cañerías oblicuas que desembocaban en una central. El niño pensó que Duende, después de rascarse por la picada de la pulga, había salido de la biblioteca hacia el jardín y las plataformas verdes que veía ahora, eran las hojas de los limoneros. Sin esperar más hizo vibrar sus alitas y se posó en una de estas gigantescas plataformas y allí se puso a meditar. Tenía hambre y recordó que las abejas y otros insectos buscaban las flores para chupar el néctar que se encontraba en el interior de ellas. Sin esperar más, decidió volar hacia una flor que había divisado allá abajo, a una distancia considerable. Empezó el vuelo y se desplazó velozmente por el aire. Cuando iba en camino, oyó un ruido ensordecedor a su

espalda y al dar vuelta la cabeza vio venir una abeja que pasó zumbando cerca de él. Se veía tan grande que Federico pensó que podía compararse a un enorme avión de pasajeros, de esos que atraviesan los continentes.

La abeja lo había visto, y giró esquivándolo a poca distancia. La corriente de aire que produjo el vuelo de la abeja hizo perder el equilibrio al niño y éste se precipitó hacia abajo totalmente descontrolado. Después de bastantes esfuerzos se repuso y entonces llegó jadeante a posarse en los pétalos rojos de una hermosa petunia. La superficie de los pétalos, no era aterciopelada sino que estaba cubierta de numerosas y flexibles púas. En el centro había un ancho agujero por donde asomaban el pistilo y los estambres, y hacia allá se dirigió el niño en busca de néctar. Bajó por el tronco del pistilo hacia el interior y a medida que descendía, el color rojo de las paredes se fue transformando en blanco amarillento y verdoso. La luz traspasaba las

paredes de la flor y le daba al interior una iluminación difusa y tenue. Un perfume penetrante invadía el ambiente y era tan intenso que le provocaba mareos. En el fondo había un líquido viscoso y Federico, sacando con sus dos manos una buena porción, se lo llevó a la boca y lo saboreó. ¡Era exquisito! Nunca había probado algo igual. Era dulce, pero de un dulzor y aroma especiales que le reconfortaron inmediatamente. Sentía una gran alegría y vigor. La sed y el hambre se habían extinguido. Qué agradable es estar en el interior de una petunia, pensó, y no tener que estudiar la lección de aritmética. Había dicho esto en voz alta; entonces oyó una voz detrás de él que preguntaba, ¿Qué es la aritmética?. Federico dio media vuelta con gran rapidez y vio que al lado suyo había un niño radiante, de igual tamaño que él y con un par de alas transparentes en el dorso. De la frente le salían dos finas antenas y su piel era amarilla, verde claro y celeste. Sus ojos eran azules casi cristalinos y miraban con curiosidad

a Federico. Nuestro héroe también lo observaba de igual manera, pues nunca se hubiera imaginado encontrarse con un niño parecido a él, con alas transparentes, en el interior de una petunia. Federico no podía quitar la vista de las antenas y sin poder contenerse le preguntó al niño amarillo verdoso quién era.

- Soy un elfo, le contestó. Federico quedó tan ignorante como antes. Al parecer el elfo se dio cuenta de que no había comprendido y le preguntó: ¿No conoces a los elfos? Vivimos en el interior de las flores, pero somos tan pequeñitos que nadie nos descubre. Además, nos hacemos invisibles y nos trasladamos a otra flor cuando ellas se secan o las cortan.

-Dime elfo, le dijo Federico, ¿cómo te llamas?

- Me llamo Petunio, contestó el elfo, - porque vivo en el interior de las petunias y me alimento del néctar que encuentro en ellas.



Federico lo contemplaba y se daba cuenta de que su compañero era muy extraño y hermoso, pero no parecía un ser humano.

- ¿Y tú como te llamas?, preguntó el elfo.

- Me llamo Federico, dijo el niño.

- ¡Hum! Qué raro, murmuró Petunio, no conozco a las flores Federicas y tampoco tienes antenas.

Federico se rió y le explicó a Petunio que él no era un elfo y no venía de una flor, sino que era un niño que se había reducido de tamaño repentinamente al haber comido un misterioso plato de miel.

- ¡Ah sí!, dijo el elfo, me parece haberte divisado en otras ocasiones, ¿te gustaría dar un paseo por el jardín?

- En estos momentos, dijo Petunio, mis antenas han captado que una mariposa se acerca a esta flor a chupar el néctar, estemos alerta para montarnos en ella y dar un paseo. En efecto, algunos

instantes después, la petunia comenzó a cimbrarse intensamente y Federico cayó sentado, luego se incorporó y se afirmó en las paredes mirando hacia arriba, hacia el orificio de entrada. De improviso, allá en lo alto apareció una enorme cabeza negra alargada y peluda, con dos inmensos ojos ovalados como huevos. En la punta de la cabeza había un tubo enrollado como la cuerda de un reloj. El tubo empezó a desenrollarse y se introdujo a lo largo del pozo hasta que llegó a donde estaba el delicioso néctar. Entonces comenzó a chupar, y el jugo subió por el tubo hueco hacia la mariposa.

- ¡Vamos! dijo el elfo, trepemos por el sifón hacia arriba.

Así lo hicieron y en un dos por tres Federico y Petunio se montaron en el cuerpo cubierto de cerdas de la mariposa. Ésta se veía enorme y sus alas con manchas rojas, blancas y negras tenían escamas que estaban dispuestas como las tejas del techo de una casa... Qué diferentes se ven los insectos al mirarlos de cerca, ahora que soy

pequeñito, pensó Federico; en esto estaba cavilando cuando Petunio que estaba montado delante de él y mirando hacia abajo, le gritó que apretara las piernas y se aferrara de las cerdas pues la mariposa había enrollado su sifón e iba a emprender el vuelo. El niño, emocionado, tomó con firmeza las cerdas y partieron a gran velocidad.

Era impresionante este vuelo en zigzag. El insecto se dirigía hacia arriba por entre las ramas de los naranjos, batiendo vertiginosamente sus enormes alas. Federico estaba admirado del grandioso espectáculo que tenía a su alrededor y se reía de felicidad. De improviso Petunio miró hacia atrás y por el aspecto de su rostro, Federico sospechó que estaban en un gran peligro. En realidad, un inmenso gorrión, de un tamaño monstruoso, se abalanzaba sobre la mariposa para comérsela. El pobre animalito se había dado cuenta también del peligro y volaba furiosamente en ángulos rectos para librarse de su enemigo. Federico no pudo sostenerse y en uno de los



virajes fue lanzado al espacio, de cabeza hacia el suelo, mientras Petunio seguía aferrado a la mariposa y la guiaba diestramente esquivando los ataques del gorrión.

Federico recordó que tenía alas y haciéndolas vibrar aminoró la caída, se mantuvo en el aire y luego empezó a volar por su cuenta. Jadeante por el susto y el esfuerzo brusco, fue a posarse en una hoja de un limonero y se sentó a descansar. La hoja estaba cubierta de grandes rocas transparentes y el niño pensó que éstas podrían corresponder al polvo que se deposita sobre las hojas de los árboles.

Una vez repuesto de tantas emociones, decidió observar alrededor suyo porque se oía un ruido como si muchos caballos estuvieran corriendo a lo largo de una calle. Más abajo, en una rama de naranjo, divisó el tránsito de unos objetos negros. Al comienzo tuvo la sensación de estar asomado desde la terraza de un edificio, mirando hacia abajo, una avenida con numerosos automóviles, pero no eran

vehículos ni gente los que transitaban, sino rápidas hormigas. Federico quedó estupefacto ante este nuevo descubrimiento y aprovechando su pequeño tamaño pudo observarlas de cerca. Voló hacia ellas y se detuvo al lado para verlas pasar. Caminaban con gran prisa haciendo bastante ruido. Algunas llevaban cargas muy pesadas, mucho más grandes que sus propios cuerpos. Otras caminaban hasta encontrarse frente a frente, se saludaban con sus antenas y después continuaban su camino. El niño no cabía en sí de asombro; sin duda alguna el espectáculo era maravilloso. La larga avenida se perdía de vista en un recodo del tronco y el tránsito era de nunca acabar.

Estaba pensando en las miles de hormigas que caminaban, cuando repentinamente una de ellas salió de la ruta y se dirigió bruscamente hacia él, lo levantó en el aire con sus patas delanteras y se introdujo nuevamente a la corriente de hormigas. Federico gritaba y hacía esfuerzos desesperados por librarse de las potentes tenazas de su



TOG

captora, pero ésta era tan poderosa que era imposible siquiera moverse. El niño no había sufrido daño a pesar de la terrible fortaleza de la hormiga que avanzaba ahora rápidamente y el suelo se deslizaba borroso bajo los ojos de Federico. Así recorrieron largo trecho - algunas veces ascendiendo o descendiendo verticalmente- hasta que finalmente entraron al hormiguero y todo fue oscuridad. La hormiga continuaba oprimiéndolo a pesar de los esfuerzos desesperados del niño y ahora se introducía y trepaba por un laberinto de túneles y pasillos donde trabajaban millares de compañeras. Finalmente llegaron por una puerta a una gran sala, aquí el insecto se detuvo bruscamente y lo dejó en el suelo. Federico estaba furioso contra ella y se abalanzó para hierla, pero la hormiga ya había desaparecido. El niño se dirigió entonces a la puerta, donde había varias otras que autoritariamente le impidieron la salida. Empezó a darles de patadas, mas, como andaba desnudo, sólo consiguió sentir agudos dolores en

sus dedos, porque la superficie de las hormigas era dura como el hierro. Parecían estar cubiertas de una gruesa capa de carey, dura, lisa y reluciente. Poco a poco el niño se acostumbró a la oscuridad y se fueron esbozando las paredes de la sala donde se encontraba prisionero. Sus alitas brillaban porque había en los rincones sustancias orgánicas en putrefacción que despedían una luz fosforescente. Federico decidió buscar otra salida y empezó a recorrer la gruta. En esto estaba, cuando se dio cuenta de que no era el único en esa cárcel, porque había un rebaño de extraños seres, muy ventrudos y con un punzón en la cabeza. También tenían alas muy parecidas a las que le habían brotado a él en la espalda, y en el extremo del abdomen tenían dos tubos por donde salía un líquido viscoso. Estaban apiñados como corderos y a juzgar por sus lentos movimientos parecían dormir. Federico los veía ya más nítidamente; eran pulgones, como esos que se ven en los tallos jóvenes de las rosas. Quizás estos

pulgonos les sirvan de alimento a las hormigas - pensó - como los hombres crían a las vacas y ovejas, y a mí me han confundido con uno de ellos al ver mis alas; es por eso que me han traído hasta aquí.

La enorme caverna no tenía otra salida y Federico, desconsolado, se sentó en el suelo a meditar qué podría hacer. Por primera vez se le ocurrió pensar si esta extraña transformación de su cuerpo iría a durar toda su vida o solamente algún tiempo. ¡Era espantosamente ridículo estar prisionero en el interior de un hormiguero, en el jardín de su propia casa! ¡Todo esto era absurdo! Sin embargo allí estaba encarcelado como un esclavo. Fue tal la desesperación que se puso a llorar. Después de algunas horas de aflicción se tendió en un rincón y se quedó dormido.

No supo cuánto tiempo durmió. La tierra estaba tibia y húmeda y un olor penetrante que venía de los pulgonos impregnaba

todo el aire. Paulatinamente la entrada de la caverna empezó a iluminarse y una luz brillante inundó el ambiente. El niño se despertó sobresaltado y al mirar hacia arriba, constató que la luz venía del cuerpo y alas de alguien que estaba frente a él, y con el índice en los labios le indicaba que guardara silencio. ¡Era Petunio! Qué gran sorpresa volverlo a ver; Federico creía que había sido tragado por el gorrión junto con la mariposa y así se lo expresó. Petunio le contestó que había guiado al insecto hasta posarse debajo de una hoja y en esa forma había logrado librarlo del pico del gorrión. En cuanto a él - se rió - no podía sucederle nada, pues los elfos son inmortales, pero sí, estaba muy preocupado por la vida de Federico, porque lo había visto caer desde las alturas y desaparecer entre el enmarañado bosque de hojas y ramas. Petunio se había olvidado de que Federico no tenía experiencia en cabalgar sobre mariposas y ante la inminencia del peligro no había vacilado en espolear al máximo a su cabalgadura.

- Dime Petunio, preguntó el niño, ¿cómo podré salir de aquí?

El elfo se rió nuevamente con mucha alegría, pues le era muy gracioso que hubieran confundido a Federico con un pulgón. Al niño se le había quitado la pena y entre risas y lágrimas terminó también por reír a carcajadas porque presentía que su amigo lo iba a sacar de allí. Debido a la luz que irradiaba Petunio y a las risas, los pulgones que dormían se despertaron y empezaron a moverse, asustados, hacia un rincón distante del lugar donde se encontraban nuestros dos amigos. El elfo se serenó y le dijo a Federico que no se afligiera por estar prisionero. Estos pulgones son como las vacas lecheras porque las hormigas los ordeñan y les extraen un jugo que les sirve de alimento. Todos los días los arrean hacia una hoja para que ellos "pasten" chupando los jugos vegetales que extraen de las plantas. Mañana serás sacado de aquí con ellos y cuando estés afuera yo vendré a ayudarte

para huir de las hormigas.

Federico quedó satisfecho y se tendió nuevamente a dormir y el elfo salió por la puerta sin que las guardianas le hicieran resistencia; al parecer podía hacerse invisible cuando él deseaba.

Amanecía, cuando entraron más hormigas y empezaron a arrear a los pulgones. Algunas de ellas le sacaban el líquido oprimiéndoles el vientre y éste brotaba de los tubitos del abdomen. Salieron los pulgones y Federico junto con ellos. Recorrieron las galerías y llegaron al exterior. Ascendieron por una rama hasta que llegaron a un lugar asoleado donde había tallos tiernos y hojas nuevas. Allí se repartieron los pulgones por el verde "prado" y comenzaron a enterrar sus sifones en el suelo y a chupar la savia. Federico miraba ansioso a su alrededor para ver si llegaba Petunio, pero éste no aparecía. De improviso surgieron entre las ramas dos mosquitos que, zumbando agudamente se acercaron a los pulgones custodiados por

las hormigas pastoras. El niño divisó al elfo que cabalgaba sobre uno de los mosquitos y le hizo señas. Éste se acercó y se posó en la hoja. Las hormigas se abalanzaron furiosas sobre el mosquito, mas Federico ya se había montado sobre el insecto y emprendieron el vuelo.

Hubo gran conmoción entre las hormigas, pero el niño estaba muy lejos con Petunio volando cerca de él en el otro mosquito.

Así volaron desde los naranjos hacia un prado de flores. Era extraordinariamente placentero posarse en una de estas flores que ahora se veían tan descomunadamente grandes. Más bien parecían edificios. Los pétalos brotaban del centro y se repartían en una fantasía radiante de variados colores. Federico bajó de su cabalgadura y se acercó a Petunio para agradecerle su salvación. El elfo se rió y tocándole la cabeza con sus antenas le dijo que tendrían que despedirse porque su casa, la roja petunia, en algunos días más

empezaría a secarse y tendría que buscar otra que la reemplazara. Los dos amigos se despidieron y Petunio, emprendiendo el vuelo, le gritó que disfrutara del mosquito ese día, ya que se lo regalaba. Federico le dijo adiós y montando nuevamente en su cabalgadura, también inició el vuelo y decidió recorrer el jardín.

La mañana era hermosa y las flores y las hojas estaban cubiertas con gotitas de rocío. El niño bebió de una de estas gotas porque el néctar que había ingerido el día anterior le había dado mucha sed.

Continuó explorando el jardín. Estaba volando sobre un rosal cuando de improviso el mosquito chocó contra un obstáculo y perdió totalmente el control. El pobre, a pesar de que trataba de huir, se enredaba cada vez más y esto se debía a que el obstáculo con el que habían chocado, era una inmensa red de gruesas cuerdas transparentes y pegajosas. Los esfuerzos del mosquito por librarse de las cuerdas

hacían vibrar toda la red y Federico, aturdido por el golpe, decidió salir de este embarazoso lugar, pero él también estaba sujeto por algunas cuerdas rotas y a duras penas logró avanzar un pequeño trecho. Las oscilaciones que el mosquito provocaba en las cuerdas habían aumentado considerablemente y al parecer ya no se debían al aleteo del insecto sino que eran producidas en otra parte de la red. Federico miró hacia esa dirección y ¡Oh! ¡Horror de los horrores! Una inmensa araña, espantosamente fea, avanzaba lentamente hacia ellos, ¡Ahora comprendía! Habían caído en la tela de una araña y ésta avanzaba para devorar a su presa. Era una araña de rosal y sus finas y largas patas hacían contraste con su gigantesco vientre amarillento, cubierto en parte por rayas negras. Tenía varios ojos dispuestos en X en su cabeza, que brillaban espantosamente. Federico se dio cuenta inmediatamente de la suerte que le esperaba, una muerte horrenda, ya que iba a ser devorado por ese repulsivo monstruo. Comenzó a gritar

pidiendo ayuda y haciendo un gran esfuerzo logró alejarse arrastrándose del lugar donde estaba el mosquito. La araña saltó sobre éste y empezó a hacerlo girar con sus patas delanteras a una velocidad increíble. De su vientre salía un hilo transparente que parecía más bien una gruesa y firme cuerda. Esta cuerda la enrolló alrededor del desdichado insecto hasta cubrirlo completamente formando así un verdadero ovillo. Una vez hecha esta maniobra, exploró a su alrededor y al divisar con sus numerosos ojos a Federico, se dirigió hacia él. El niño empezó a gritar nuevamente y a forcejear para salir de allí. De improviso sintió un extraño calor en todo el cuerpo; la sangre parecía hervirle y la cabeza se le agrandaba, pero ya la araña había saltado sobre él y lo hacía girar enrollándolo con el hilo, igual que al mosquito. Al pobre niño le daban vuelta las cosas a su alrededor y antes de perder los sentidos vio imágenes de sapos, murciélagos, arañas, enormes lagartijas, peces, golondrinas y otros animales que se

abalanzaban sobre él para devorarlo. Pobre de mí, pensó Federico, ¡me creen un insecto!

La pérdida del conocimiento fue muy fugaz; la sangre le seguía hirviendo en el cuerpo y las patas de la araña y las cuerdas se iban achicando. La araña cesó de enrollarle el hilo y se retiró a cierta distancia con las patas delanteras en alto ¡estaba asustada! Federico rompió los hilos de su cuerpo pues éstos eran cada vez más pequeños y débiles. Las ramas y las hojas a su alrededor se empequeñecían rápidamente. Aumentaba de peso y la red, no pudiendo sostenerlo más, se rompió y el niño quedó colgando a duras penas de un tallo. La araña gigantesca se había transformado en un despreciable y pequeño animal. Federico comprendió entonces que el efecto de la miel había cesado y estaba recobrando su tamaño original. Crecía rápidamente y todo se disminuía a su alrededor. Al cabo de unos minutos se encontró de pie en el prado de flores de su jardín. Estaba desnudo y se puso a reír

de felicidad. Se había salvado muy a tiempo de la terrible araña que ahora, pequeñita, huía torpemente por el suelo. Quiso palparse las alas, pero éstas habían desaparecido, y sin esperar más se dirigió a la casa. Duende lo divisó y fue a olfatearlo moviendo la cola y sonriendo.

El niño se dirigió hacia la biblioteca, María, la empleada doméstica, estaba haciendo el aseo. Las alfombras estaban enrolladas, las sillas agrupadas en un rincón y las ventanas abiertas. Al ver entrar al niño desnudo dio un grito de sorpresa y se puso a reír apoyándose en la escoba. Federico enojado con tanta risa, le preguntó por la ropa que había quedado en la silla. María contestó que la había guardado y también le dijo que su mamá estaba muy preocupada por su repentino desaparecimiento desde el día anterior. Tomándolo de la mano lo llevó a su habitación para lavarlo y vestirlo y luego le sirvió el desayuno. En eso estaba, cuando entró la mamá. Quiso mirarlo severamente, pero el amor por su hijo pudo más y lo abrazó y besó con

gran ternura.

- Mi chiquitín, ¿adónde te habías ido?

- Estaba en el jardín, contestó el niño. Mamá, ¿tú me llevaste un plato de miel de abejas al escritorio? La mamá dijo que no y María, al ser interrogada, también contestó negativamente. ¿De dónde había venido...?

Federico, después de haber desayunado fue nuevamente al jardín. Allí estaba la tela de araña destrozada y más allá, por el tronco de un naranjo subía la interminable hilera de hormigas. El niño tuvo una rabia incontenible hacia estos insectos y la araña. Quiso patearlos y destruirlos, mas, luego desistió ¿qué culpa tenían ellos? Vivían según Dios los había creado, en su propio mundo y con sus propias normas de existencia. Decidió entonces buscar al elfo Petunio y se dirigió hacia la flor donde vivía, pero ya la petunia se había marchitado y seguramente el elfo estaría en otra casa.

El Sol brillaba y sus rayos penetraban por entre las ramas de los naranjos. ¡Qué mundo maravilloso es el de los insectos y qué diferente era verlo siendo pequeñito como uno de ellos! Pero ¡qué enormes peligros se presentaban a cada instante!

Federico se alegró una vez más de estar nuevamente transformado en niño. Corría una fresca brisa que traía el perfume de las flores. Diversos insectos rompían el silencio con su zumbido al pasar velozmente cerca de allí. El niño decidió jugar con su perro Duende y lo llamó. Su amigo no tardó en venir, Federico lo acarició e invitándolo a correr, desaparecieron por un sendero del jardín.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 21877 . Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina